

entre los medios de comunicación social y los diferentes sujetos de la evolución y el cambio de las sociedades. Tanto en las teorizaciones como en los análisis y recopilaciones históricas hay que integrar a los mass media como agentes activos de capital importancia en las sociedades alfabetizadas. Esta función de los medios es evidente en el libro que reseñamos hasta el primer tercio del siglo actual, a partir del años veinte la radio, y en los sesenta la televisión, asumen funciones predominantes «junto» o «frente» a la prensa. Poco se tratan estos medios en el libro de Fuentes-Fernández, entendemos que han interpretado «periodismo» en sentido estricto. Es el enfoque clásico de la asignatura.

El máximo interés del libro se centra en: contextualización, funciones y efectos de los periódicos en el panorama español.

El texto comienza con la invención de la imprenta y termina con: el papel de la prensa en el declive socialista y sus imbricaciones con nuevos escenarios. En varias ocasiones la legislación de la época que atañe a prensa o imprenta queda difuminada en el contexto. El corpus de la asignatura queda bien delimitado y bastante completo, pero, dado el enfoque del manual, echamos en falta dos epígrafes. Uno, el papel de las publicaciones oficiales al establecimiento del Estado liberal, esa red de boletines oficiales que sirvieron para apoyar la configuración de la nueva división administrativa, junto con el *Diario de la Administración* y *La Gaceta*, ésta última era entonces la única publicación que llegaba a todas las provincias del reino. La otra ausencia obedece quizá a la infravaloración del nacionalismo gallego pues no le dedican los autores ni cuatro líneas (ver pp.154 y ss.). Recordemos que en el último tercio del XIX hay tres mujeres que sobresalen: Rosalía de Castro, Concepción Arenal y Emilia Pardo Bazán, las tres son gallegas, negarle a las tres espíritu y reivindicaciones nacionalistas sería muy atrevido. Por otra parte, desde 1833 se forman en Galicia grupos sociales reivindicativos que empiezan expresándose en castellano y terminan en la lengua vernácula, pero siempre luchando por defender lo propio frente al centralismo, por ejemplo Antolín Faraldo representante del provincialismo y sus periódicos *La situación de Galicia* (1843) y *El Porvenir* (1845). *La revolución. Periódico oficial de la Junta Superior* perteneciente a la revolución de 1846; los Juegos Florales de La Coruña desde 1862, la vuelta de Murguía a Santiago y la organización de la Asociación Regionalista Gallega que patrocinaría los periódicos *La Región Gallega* y *La Patria gallega*, etc. En 1898 *A Liga Galega* de Alfredo Brañas sacaría *El pensamiento Gallego*, *El Libredón*, etc. Ya a comienzos del siglo XX las organizaciones nacionalistas se extienden y consolidan tanto en el campo cultural (Academia Galega, Seminario de Estudos Galegos), como en el político, formación de partidos galleguistas (1906, Solidaridad Gallega, Irmandades da Fala), y no olvidemos que en 1920 Vicenti Risco publicó su *Teoría do Nacionalismo Galego*.

Otro aspecto a tratar del libro es su formato, pero este apartado suele superar las competencias del autor. Este manual es demasiado «negro», faltan blancos, ladillos, alguna ilustración y aumentar el tipo de letra; todo ello teniendo muy en cuenta que no sobra nada del texto. Son muy de agradecer los aportes infográficos: tablas, mapas y diagramas de sectores.

ROSA CAL

CARO BAROJA, Julio, *Los Baroja*, Caro Raggio, Madrid, 1997.

Hace unos meses tuve ocasión de asistir, en la Residencia de Estudiantes, a una de las charlas de don Julio Caro Baroja. En la citada reunión, el conferenciante se ocupó de deshacer ciertos malentendidos. Así, por citar alguno, señaló cómo el supuesto pé-

simo carácter de don Pío, era una insidia nacida de la mala fe de «Silverio Lanza». O que la pretendida misoginia no era sino una maldad puesta en circulación por Serrano Ponceña.

Dejando de lado las anteriores puntualizaciones, tan comprensibles, añadiremos que la cuestión barojiana ha sido tratada en varias ocasiones: *Semblanzas ideales* o *Recuerdos de Itzea*, pero el lugar por excelencia es el libro que nos ocupa, cuyo mejor antecedente es *Desde la última vuelta del camino*. En los dos casos nos hallamos ante una verdadera crónica de la vida intelectual de la época.

Veamos cómo fueron las primeras andanzas intelectuales de don Julio Caro Baroja. No podía ser de otra manera, la valoración que hace de su paso por el Instituto Escuela que resulta muy creíble y está bastante lejos de las mitologías sobre el centro. Todos hemos conocido a gente que hablaba del Instituto —por el que decían haber pasado— como si se tratase de un lugar fuera de toda ponderación.

Mayor interés tienen las atinadas observaciones dedicadas a la importancia del estudio de la Historia Sagrada y el Catecismo. Materias que han desaparecido de los centros de enseñanza, con el consiguiente transtorno para quienes vivimos el entorno de una civilización que no se comprende sin el conocimiento del Cristianismo. Por no hablar de la Historia Sagrada, que cumplía con el mismo carácter ejemplar que *La Iliada* entre los muchachos griegos.

Resulta muy estimulante su franqueza sobre los planes de lecturas y otras pedanterías, para defender la lectura apasionada, sin freno y hasta el exceso. Así como la descripción de la Facultad de Filosofía y Letras, de la República. Una institución alabada hasta el exceso: «la filosofía que explicaba García Morente no era de gran nivel», «Zubiri se entretuvo durante todo un trimestre en los preliminares, para ser sustituido por un modesto profesor que completó el curso». Aunque mucho más crueles son los recuerdos de Pla sobre la Universidad de Barcelona.

Por lo que hace a su concepción del mundo religioso —la expresa en varios lugares— es la siguiente: «el Dios único es propio de los desiertos; los varios dioses son los de los montes, bahías, bosques, islas griegas. El monoteísmo es una percepción del mundo que lo impregna todo: la política, la ciencia, el arte, frente al pluralismo».

En otros lugares nos relata sus inicios en la investigación de la mano de Obermaier, Telesforo de Aranzadi y José Miguel de Barandiarán. O las incomodidades durante la Segunda República, ante quienes creían que había que *definirse*: «Como si estuviéramos ante el Concilio de Nicea». Sus relaciones con Walter Starkie, el director de Instituto Británico (hoy reducido a una escuela de idiomas) y su experiencia al frente del Museo del Pueblo Español. Los primeros trabajos junto a Pitt Rivers, o las agudas observaciones sobre la campiña andaluza: «bien poco árabe, contra el tópico, profundamente romana».

A lo largo del sugestivo memorial trata de las más pintorescas cuestiones: la asistencia a congresos internacionales, la irritación que le producían impertinencias como el ser tachado de franquista por vivir en España, la falta de prestigio de la ciencia española. Tener que pedir perdón por ser paisano del duque de Alba, algo tan estúpido como quejarse de la invasión de las legiones romanas, o de la presencia de Cortés en México. Los intercambios de tarjetas entre congresistas —tan inútiles—.

Su llegada a los Estados Unidos, el trato con Boas, Margaret Mead y el escaso interés de los investigadores americanos por asuntos europeos. La estancia en Inglaterra y la amigable relación con Radcliffe Brown, Evans Pritchard y Alberto Jiménez Fraud. Sus estudios sobre el Sahara con Miguel Molina.

Estas memorias podrían cerrarse con una frase que retrata al autor: «en el fondo has tenido una suerte tan *mala*, que no ha podido ser *mejor*».

CONSTANTINO GARCÍA PÉREZ

PLA, Josep, *El cuaderno gris*, Ediciones Destino, Barcelona, 1997.

En los últimos meses se han multiplicado los actos en torno al centenario del escritor catalán. En Madrid, hemos tenido ocasión de asistir a los organizados en la FNAC y en Blanquerna, la nueva librería de la calle Serrano.

La traducción al castellano, no me cabe la menor duda, se debe más a la señora Gloria de Ros, que a la pluma de Dionisio Ridruejo. Cualquiera catalán, que conozca bien el castellano, estará de acuerdo en que el lenguaje de la versión española, recuerda al que se habla en ciertos sectores de la sociedad barcelonesa castellanoparlante. Aunque sería impropio hablar —no se otro modo de decirlo— de «catalanicismos».

Una cosa muy del autor, que no debe sorprendernos, es la cantidad de embustes con los que nos obsequia: la primera *ambigüedad* es la de pretender hacernos creer que el texto está redactado cuando el escritor acababa de cumplir veinte años.

El libro es muchas cosas: un relato de costumbres, una detallada exposición sobre la vida literaria, una reflexión ante la crisis barcelonesa en la época del pistolero.

También se ocupa de la universidad e incluso pueden leerse unas inteligentes consideraciones sobre las angustias y perplejidades de la juventud. Esa difícil tapa de nuestra vida que hace las delicias de los publicitarios más desaprensivos.

Eugenio d'Ors es el autor al que dedica más atención. También son muy frecuentes —y chuscas— las referencias a Rusiñol, sobre el que escribiría un bello libro titulado *Santiago Rusiñol y su época*.

No tengo que señalar las constantes referencias gastronómicas de las que se han ocupado Luján, Perucho, Vázquez Montalbán y otros muchos. Qué cosas tiene la vida: uno de sus últimos males fue una anemia galopante.

Un asunto oscuro del señor Pla es su extraña vida sentimental. Mucho más conocidas son sus opiniones sobre el sexo: «el hombre dominado por el sexo es un puro inconsciente, un ser movido por fuerzas ciegas y desconocidas. Un cretino acabado». En fin, por lo visto eran otros tiempos.

Las opiniones políticas de Pla están muy bien reflejadas en un supuesto *diálogo* con su padre: «pienso que en este país, el que se parece más a un hombre de izquierdas es un hombre de derechas. Son igual, intercambiables, han mamado la misma leche. No lo dudes: esta división es inservible. A mi entender hay una división mucho más profunda y exacta. La que se establece entre personas inteligentes y puros idiotas, entre buenas personas y malparidos». No está mal visto.

Son muchas las incisivas opiniones sobre los más variados asuntos: «traducir es un trabajo endemoniado, difícilísimo, pero comprendo que es útil. Útil, sobre todo, para conocer un poco la propia lengua». O su parecer sobre las novelas: «son la literatura infantil de las personas mayores». En otros lugares ha sido más duro: «Quien lee novelas, después de cumplir los treinta años, es un perfecto imbécil».

Las páginas dedicadas a Cambó son de una especial ternura. Eso se llama agradecimiento y me parece muy bien.

CONSTANTINO GARCÍA PÉREZ